

El fin del trabajo.

Cómo la automatización y la IA están reconfigurando la vida, el poder y el futuro de la humanidad.

1. El trabajo como centro de la vida moderna.

El trabajo no es solo un medio de subsistencia, es también una fuente de identidad, estatus social y organización del tiempo. Durante siglos, la pregunta "¿a qué te dedicas?" ha sido la primera que se hace al conocer a alguien. Es una forma de situar a la persona en la jerarquía social, de saber qué valor se le atribuye y de entender su lugar en el mundo.

La pregunta sobre el fin del trabajo no es solo económica, es existencial. ¿Qué ocurre cuando el trabajo desaparece? ¿Catástrofe o liberación? ¿Caos o nueva oportunidad? La respuesta no está escrita y dependerá de cómo se gestione la transición que ya ha comenzado.

Este ensayo explora esa transición. Analiza cómo la automatización y la inteligencia artificial están reconfigurando la economía, qué sectores están siendo afectados, quiénes ganan y pierden, y qué papel juegan el Sur Global y Occidente en la nueva geopolítica del trabajo. Pero también va más allá, porque se pregunta qué haremos con nuestras vidas cuando ya no sea necesario trabajar para sobrevivir, cómo nos educaremos, gobernaremos y encontraremos sentido en un mundo sin empleo.

2. El mito del fin del trabajo.

El fin del trabajo ha sido anunciado muchas veces. La mecanización, la automatización, la informática... fueron presentadas como el fin del empleo y la puerta de acceso a la sociedad del ocio. Y, sin embargo, el trabajo ha persistido, aunque transformado y muchas veces intensificado. Cada vez que una tecnología prometía liberarnos, terminaba creando nuevos empleos, a menudo en sectores que antes no existían.

La revolución industrial generó pánico entre los trabajadores del campo, que temían ser reemplazados por máquinas. Y fue así. Millones de campesinos se convirtieron en obreros industriales. El trabajo no desapareció, pero cambió radicalmente de naturaleza. Lo mismo ocurrió con la automatización de los años 60 y 70, que eliminó empleos en la manufactura pero creó otros en los servicios.

John Maynard Keynes, en 1930, profetizó que en 2030 la jornada laboral se habría reducido a 15 horas semanales. No se equivocó en la dirección, pero sí en la velocidad. La semana laboral se ha reducido, pero no tanto como imaginaba. El trabajo ha persistido, aunque de forma más precaria y desigual.

¿Por qué esta vez será diferente? La inteligencia artificial no solo automatiza tareas manuales o repetitivas, automatiza el pensamiento. No reemplaza brazos, reemplaza cerebros. Traduce, escribe, diagnostica, diseña, analiza y decide. Esta vez no se trata de una nueva máquina-herramienta, sino de una nueva inteligencia. La diferencia no es cuantitativa sino cualitativa. Por primera vez, la tecnología compite con la capacidad cognitiva humana, no solo con la fuerza física.

3. El trabajo que está desapareciendo.

La IA y la automatización no son el futuro, son el presente. Millones de empleos están siendo transformados o eliminados en este momento. No solo en la industria, también en sectores que creíamos seguros.

Los sectores más afectados incluyen la manufactura, logística, administración, servicios financieros, atención al cliente, periodismo, derecho, medicina diagnóstica, arquitectura, diseño, traducción o educación. Ningún sector está a salvo. La automatización ya no es una cuestión de "sí" sino de "cuándo" y "cuánto".

El Foro Económico Mundial estima que 83 millones de empleos serán eliminados en los próximos cinco años, aunque se crearán 69 millones, lo que deja un saldo negativo de 14 millones de empleos.

En España, el 40% de los empleos está en riesgo de automatización. La paradoja de la productividad es evidente. La IA aumenta la productividad, pero los salarios no crecen al mismo ritmo. El valor se concentra en quienes controlan la tecnología, no en quienes la usan.

Los datos son contundentes, al igual que la experiencia cotidiana. Cada vez más cajeros automáticos sustituyen a cajeros humanos, más chatbots a operadores telefónicos o más algoritmos redactan noticias, diagnostican enfermedades y diseñan edificios. El cambio ha llegado ya.

4. La economía de los "trabajos de mierda" y la polarización del empleo.

El trabajo no desaparece del todo, pero se transforma en empleos precarios, sin sentido y mal pagados. La automatización no crea una utopía del ocio, sino una nueva clase de trabajadores invisibles.

David Graeber, en su obra *Trabajos de mierda*, describió cómo el capitalismo moderno genera empleos que no aportan valor social pero que mantienen ocupada a la población. Administradores, gestores, coordinadores, asesores, etc. Empleos que existen para justificar la existencia de otros empleos. La automatización podría eliminar muchos de estos trabajos absurdos, pero también podría crear otros igualmente vacíos.

La polarización del empleo es otra característica de esta transformación. Unos pocos trabajadores altamente cualificados (ingenieros de IA, científicos de datos o diseñadores de algoritmos) generan un valor inmenso y son bien remunerados. La mayoría, sin embargo, queda atrapada en empleos precarios, de baja cualificación y mal pagados: repartidores de plataformas, moderadores de contenido, etiquetadores de datos, etc.

El fin del trabajo como ascensor social es una realidad. La movilidad social, que durante el siglo XX fue posible gracias al empleo industrial, se ha estancado. El trabajo ha dejado de ser el mecanismo que permitía a las clases populares mejorar su situación. La brecha entre quienes controlan la tecnología y quienes la sufren no deja de crecer.

5. El tránsito. Plazos y horizontes de la transformación.

El fin del trabajo no será una línea recta. Será un proceso conflictivo, desigual y, probablemente, más rápido de lo que imaginamos. Los plazos que manejan los expertos dibujan un horizonte muy cercano.

En 2030 el Foro Económico Mundial estima que 83 millones de empleos serán eliminados y se crearán 69 millones, dejando un saldo negativo de 14 millones. McKinsey calcula que hasta el 30% de las horas trabajadas podrían ser automatizadas. No es el fin del trabajo, pero es el principio de una transformación que no tiene marcha atrás. Empresas tecnológicas como IBM, Amazon y Meta han anunciado reducciones de plantilla y la incorporación masiva de IA en sus procesos.

En 2040 la automatización podría cambiar el 50-60% de los empleos actuales. La robótica y la IA crearán al menos un billón de dólares en valor económico, pero eliminarán millones de puestos de trabajo en manufactura y logística. La IA generativa, capaz de escribir, diseñar y programar, podría modificar los llamados "empleos de cuello blanco" con la misma intensidad con la que la automatización afectó a los "cuellos azules".

En 2050 es el horizonte donde la mayoría de los trabajos repetitivos y rutinarios desaparecerán. La pregunta no será si la IA podrá hacer nuestro trabajo, sino si tendrá sentido que lo sigamos haciendo. La sociedad habrá de reinventar su relación con el trabajo, el tiempo y el valor.

La transición no será homogénea. Occidente, el hegemón saliente, intentará gestionar el cambio sin perder el control. Sin embargo, el Sur Global, con una visión de futuro compartido, podría liderar el camino.

6. Nuevo orden geopolítico. El Sur Global como alternativa.

El Sur Global, representado por los BRICS+, no es una amenaza retórica. Es una realidad geopolítica y económica que está reconfigurando el equilibrio del poder mundial. Su ascenso no es un accidente, sino el resultado de una combinación de factores que Occidente no puede igualar.

El peso demográfico: la ventaja más duradera. Los BRICS+ representan aproximadamente el 45% de la población mundial, más de 4.400 millones de personas. Pero el dato relevante no es solo el volumen, sino la estructura. La edad media de la población en los países BRICS es significativamente inferior a la de Occidente. Mientras Europa y Estados Unidos envejecen, el Sur Global sigue teniendo una población joven, en edad de trabajar y de consumir.

Los recursos naturales: el control de la materia prima del futuro. El Sur Global controla una parte desproporcionada de los recursos naturales del planeta. Los BRICS+ poseen el 72% de las reservas mundiales de minerales de tierras raras, elementos esenciales para la fabricación de semiconductores, baterías, paneles solares y tecnología de defensa. También concentran el 43% de la producción mundial de petróleo y el 36% de la producción de gas natural, así como el 78% de la producción mundial de carbón. En conjunto, controlan el 44% de las reservas de petróleo y el 53% de las reservas de gas natural del planeta.

La capacidad tecnológica: la soberanía en construcción. La ventaja tecnológica de Occidente no es eterna. Los BRICS están invirtiendo masivamente en soberanía tecnológica, especialmente en sectores estratégicos como los semiconductores y la inteligencia artificial. China ha hecho de la autosuficiencia en semiconductores un objetivo nacional, invirtiendo cientos de miles de millones de dólares en el desarrollo de su propia cadena de suministro. India ha aprobado 12 proyectos de producción de semiconductores en el marco de su "Misión de Semiconductores 2.0", con una inversión comprometida de 53.000 millones de dólares. Malasia, como país socio del bloque, aporta el 13% de la producción mundial en ensamblaje y pruebas de semiconductores.

La ventaja epistémica: la integración de saber y hacer. Hay una ventaja que el Sur Global posee y que Occidente ha perdido, y no es tecnológica ni demográfica, es epistémica.

Para entenderla, conviene recurrir a una distinción clásica de la filosofía griega: *praxis*, *téchne* y *episteme*.

La *praxis* es la acción, el hacer humano en su dimensión social y ética. La *téchne* es la técnica, la habilidad para producir algo, el saber práctico que permite transformar la materia. La *episteme* es el conocimiento teórico, la comprensión profunda de los principios que rigen la realidad. En la Grecia clásica, estas tres dimensiones no estaban separadas: la acción (*praxis*) se guiaba por la técnica (*téchne*) y se fundamentaba en el conocimiento (*episteme*). Eran parte de un mismo proceso de transformación del mundo.

Occidente ha roto esa unidad. El capitalismo ha separado el conocimiento (*episteme*) de su aplicación técnica (*téchne*) y de su dimensión social (*praxis*). La ciencia se ha convertido en un fin en sí mismo, desvinculada de las necesidades sociales. La técnica se ha vuelto un instrumento de acumulación, no de transformación. Y la acción se ha reducido a la producción, no a la creación de un mundo habitable.

El Sur Global, y China en particular, ha sabido restaurar esa unidad. China no solo invierte en ciencia y tecnología, las integra en un proyecto de transformación social. Su modelo de desarrollo no separa el saber del hacer, la teoría de la práctica o la innovación de la necesidad social. La *episteme* china no es un conocimiento abstracto, es un conocimiento que se valida en la *praxis*. La *téchne* china no es una técnica deshumanizada, es una técnica al servicio de un proyecto colectivo.

El peso económico y comercial. Los BRICS+ representan ya el 40% de la economía mundial (medida en paridad de poder adquisitivo), con un PIB combinado de 77 billones de dólares en 2025. Esta cifra supera ampliamente los 57 billones de dólares del G7. El bloque concentra el 26% del comercio global.

El Nuevo Banco de Desarrollo (NDB) se posiciona como una alternativa al Banco Mundial y al FMI, financiando proyectos de infraestructura y desarrollo sostenible sin imponer las condiciones de ajuste estructural. El BRICS Pay y las plataformas de intercambio de divisas nacionales están creando un sistema financiero paralelo que no depende del dólar ni de la infraestructura occidental.

La pregunta que late en el fondo de todo esto no es si el Sur Global va a sustituir a Occidente, sino si está construyendo un modelo de desarrollo alternativo o simplemente replicando el mismo sistema con nuevos dueños. De momento, la evidencia apunta a lo primero. Los BRICS no están colonizando, están cooperando. No están imponiendo, están construyendo. Y esa diferencia, quizás, constituya la base de un ascenso difícil de detener.

7. La vida después del trabajo. Educación, ocio y gobernanza.

El fin del trabajo no tiene por qué ser el fin de la vida. Puede ser el principio de algo distinto y mucho mejor. Pero para que así sea, tenemos que empezar a imaginar cómo será esa vida.

La educación: aprender a ser, no a hacer. Durante siglos, la educación ha sido una preparación para el mercado laboral. En un mundo sin trabajo, su función cambiará radicalmente. No se tratará de enseñar habilidades para un empleo, sino de formar personas capaces de gestionar su tiempo, desarrollar su creatividad y cuidar de sí mismas y de los demás. La educación post-laboral será una educación para la vida, no para la producción. Las habilidades más valoradas no serán las técnicas, sino las humanas: la empatía, imaginación y capacidad de conectar con otros.

El ocio como actividad central. En una sociedad sin trabajo, el ocio dejará de ser el tiempo que sobra después del trabajo para convertirse en el tiempo que da sentido a la vida. La creatividad, el arte, el deporte, el cuidado de los demás y la exploración del conocimiento, todo eso será el nuevo centro de la existencia. No será un ocio pasivo, sino un ocio activo, creador y transformador.

La gobernanza: del trabajo al cuidado. El trabajo ha sido el principal mecanismo de distribución de recursos y de organización social. Sin él, la gobernanza tendrá que reinventarse. La renta básica universal dejará de ser una utopía para convertirse en una necesidad. El poder político se desplazará de la gestión de la producción a la gestión del cuidado del planeta, de las personas y del conocimiento.

El sentido de la vida: más allá del trabajo. Durante siglos, el trabajo ha sido la principal fuente de identidad y de sentido. Sin él, tendremos que encontrar nuevas formas de dar significado a nuestra existencia. Algunos la encontrarán en la creación artística, otros en el voluntariado, otros en la exploración del conocimiento y otros en la comunidad. El fin del trabajo no es el fin del sentido, es la oportunidad de redefinirlo.

8. ¿Qué hacer? La resistencia y la reinención.

El fin del trabajo no tiene por qué ser una catástrofe, pero exige la transformación radical de nuestra forma de entender la vida y la economía.

- **Repensar el trabajo:** no como mercancía, sino como actividad significativa.
- **Redistribuir el trabajo:** reducir la jornada laboral, repartir el empleo.
- **Controlar la tecnología:** que la IA esté al servicio de la sociedad, no de unos pocos.
- **Fortalecer el Estado del bienestar:** garantizar el acceso a los recursos básicos independientemente del trabajo.
- **Educar para la vida, no para el empleo:** la educación como formación integral, no como preparación para el mercado.

9. El fin del trabajo como oportunidad y como amenaza.

El fin del trabajo es una oportunidad para repensar nuestra relación con la actividad, el tiempo y el valor. Pero también es una amenaza si no se aborda desde una perspectiva política y social. Además, la transición será muy rápida (entre 2030 y 2040) y desigual.

La cuestión esencial es qué haremos con nuestras vidas cuando ya no sea necesario trabajar para sobrevivir. La educación, el ocio y la gobernanza tendrán que reinventarse. El trabajo dejará de ser el centro de nuestra existencia y el cuidado, la creatividad y la comunidad ocuparán su lugar.

Con suerte y optimismo, el fin del trabajo no será el fin de la vida sino el principio de una nueva forma de vivir.